



LAS HADAS DE LA CIUDAD DE LIMES.

En la costa que se extiende á lo largo del mar como á una media legua de Dieppe en direccion del camino de Eu, hay un campo bastante grande pra poder contener muchos millares de hombres. Este campo, llamado en el pais *ciudad de Limes* ó *campo de Cesar*, que fué considerado por largo tiempo como romano, al presente es reconocido como francés; es de forma triangular, y está limitado en algunas partes hácia el lado de tierra por una colina de mas de 30 pies de elevacion.

Se dice que las hadas acostumbran á tener en la ciudad de Limes una feria, en la que escitan la codicia de los concurrentes, ofreciéndoles mercancías maravillosas que ocultan tesoros mágicos. Consisten estos en plantas sobrenaturales que curan las enfermedades del alma y las heridas del cuerpo, en perfumes que hacen inmortal la juventud, en flores que cantan para adormecer las penas del corazon, en piedras preciosas de las que cada una tiene su virtud particular; hace el rubí despreciar los peligros y preserva de todas las desgracias; vuelve puro y casto el zafiro; la ágata da santidad y belleza, haciendo ademas ver en sueños al amigo ausente. Tienen tambien piedras antiguas grabadas por una mano desconocida y de las que cada una es un talisman de felicidad y de gloria; una arma invencible, un espejo mágico en que se lee el porvenir y donde se descubren los secretos mas intimos del alma. Hay aves divinas, que se enseñorean de las enfermedades con una mirada, pero que apartan la vista de aquellos que no pueden curar y cuya muerte está cerca de las hermosas aves parteras, tal como el papagayo de la reina Saba que recitaba lecciones de una filosofia tan sencilla y persuasiva, que las obras de los genios mas grandes y sublimes entre los hombres no han enseñado jamás nada que se las parezca. Añádase á estas preciosas maravillas, todo el ligero atavio del tocado de las hadas, magníficos es-

tuches en los que en vez de diamantes brillan con luces mil veces mas claras y resplandecientes gotas de rocío que el arte de las hadas ha sabido cristalizar; una coleccion de alas de hada suaves, flexibles y adornadas de un mosaico de mil colores formado de los despojos de los insectos mas bellos de la creacion: gasas aéreas, listadas con los filamentos de algodón que revolotean en el aire y se extiende por las praderas en los hermosos dias de otoño; garzotas formadas de esos globos de plumage que esparce un soplo de viento; hermosas bandas teñidas con los colores del iris, y en una palabra todos los galanos presentes de la naturaleza acabados con un trabajo y una delicadeza admirables. Tal es en parte el inventario de este bazar de las hadas que puede ayudarnos á completar la imaginacion de nuestros lectores.

Pero ¡ay! desgraciado del imprudente que llegué á tomar cualquiera cosa! apenas ha cogido el objeto comprado, cuando las hadas le cogen y le arrojan desde lo mas alto de la costa.

LUCHAR CONTRA LA FORTUNA,

NOVELA EJEMPLAR.

(Conclusion.)

La alegría estaba retratada en su semblante: y el orgullo del triunfo hacia latir con violencia su corazon.

La victoria es mia (esclamó); pues la fortuna, rendida á mi constancia, se ha postrado, dejándome los bienes que han servido de norte á mi empresa. Ya puedo ofrecer mi mano á Blanca; ya soy digno de ella.

7 DE SETIEMBRE DE 1831.

no hijo de don Juan Ponce de Cabrera. Si este goza el favor del soberano por su ingenio y por sus virtudes, yo lo gozo también por mis mercedimientos y servicios hechos al monarca castellano. La fortuna huye de los mortales para probar su valor y la energía de su alma: al que se cansa de perseguirla, abandona en su desaliento: al que persiste en vencerla en ligereza destina todos sus favores como premio de la constancia.

Satisfecho de estos pensamientos entró en la habitación de don Juan Ponce de Cabrera y su hija Blanca. Ambos lo esperaban con ahínco, combatidos de mil diversos afectos.

—Ese semblante tuyo me revela la victoria de tus ambiciones (esclamó Blanca).

—¿Hablásteis con el rey? (dijo don Juan.) ¿Qué premio ha reservado este á vuestros servicios?

—Alcaide soy de sus reales alcázares (respondió Lope), y tan favorecido del monarca que me creo igual á vos en la privanza.

—Mucho me alegro del suceso (continuó don Juan), porque de ese modo la turbación de vuestro espíritu habrá cesado viéndoos sobre la cumbre de la prosperidad en contradicción de la fortuna. Pero por lo mismo que habeis logrado las mercedes á su despecho, temo que reserve un temible desengaño á vuestra osadía y un mayor castigo vuestra pertinacia.

—Ningun temor tengo á la fortuna; pues la he humillado (dijo Lope); si otra vez cobra alas y levanta el vuelo para ofenderme, yo ignoro la manera de vencerla. Y quien la ha rendido, puede rendirla en mil ocasiones.

—¿Qué ciego venis! (continuó don Juan); ¿qué ciego! ¿Pensais acaso que la fortuna se deja vencer por el ardor de los hombres quedando desarmada para siempre? Pues estais en un error notabilísimo. Si ella aun á los mismos que por propia voluntad favorece, derriba con enojo, maltrata y entrega al escarnio del mundo, ¿qué armas no empleará para el ultraje de aquellos que la han obligado á rendir favores, no por súplicas, sino por medio de las mas grandes violencias?

—Hablais (respondió Lope) como hombre vencido por la fortuna. Quisisteis huir de sus favores, y ella os ha compelido á admitirlos. La falta de valor para luchar contra ella, atribuis á filosofía y á experiencia de los varios sucesos de la suerte. Si hubiérais sabido pelear, hubiérais aprendido á vencer.

—¿Y quién sabe (añadió Cabrera) si cuando os juzgais victoriosos, seréis el vencido?

—¿Qué mas victoria quereis (dijo don Lope) que verme con la dignidad de alcaide de estos alcázares, partiendo con vos la privanza del monarca, y próximo á dar la mano de esposo á Blanca, dueño de mi existencia, luz de mis ojos, y único y verdadero objeto de mis esperanzas? Creedme, don Juan: en este instante la felicidad despues de haberos cubierto con su manto por mis instancias, me ofrece dos coronas: la de laurel por triunfar de la fortuna, la de rosas por la constancia en mis amores.

Un page del rey llegó en aquel instante á interrumpir los razonamientos de don Lope de Herrera.

—¿Qué buscas, gentil mancebo? díjole este.

—El rey mi señor (respondió el page) me envia á vos con este pergamino.

No bien pronunció estas palabras, puso el documento en manos de don Lope, y salió de la habitación.

—Ya lo veis (esclamó este): la confianza del rey en mi lealtad es infinita. No bien ha salido de su oratorio, se ha apresurado á ocuparme en su servicio. Toma, Blanca, el pergamino, y lee en él las órdenes que me comunica el soberano. Para un padre y una esposa no debo tener secretos.

Blanca tomó con curiosidad el documento, y al punto que leyó para si los primeros renglones, dió un grito de espanto y dejó caer el pergamino.

—¿Qué causa tu asombro? (dijo D. Juan.) Veamos qué contiene esa carta.

Y cogiéndola del suelo leyó con voz firme y sin mudar el color del rostro lo siguiente:

Don Lope de Herrera, alcaide de mis reales alcázares, sabed que por razones emplíderas á mi servicio importa que os asegureis de la persona de D. Juan Ponce de Cabrera en una de las torres que son á vuestro cargo. Y que esto se ejecute con la mayor diligencia y sigilo, se deja bien inferir sin que lo encargue á vuestra lealtad.

ALFONSO DE CASTILLA.

El silencio sucedió á la lectura de este documento terrible. Blanca quería hablar, pero el dolor le cerraba los labios. Tan solo dirigía anhelante su vista, ya á su padre, ya á D. Lope. Este no estaba menos poseído del terror que su amada.

—¿Qué haceis, amigo? (esclamó con dulce acento D. Juan Ponce

de Cabrera.) Nuestro soberano os envia á decir que prendais y encerreis mi persona en una de las torres de este alcázar. Con buen pié empezais en la privanza: lo principal es que logreis manteneros firme en ella, no como vuestro amigo que al soplo de vuestra ambicion ha caído en tierra.

—Pero ¿cómo he de ejecutar esta mision? (dijo Lope vertiendo lágrimas.)

—Tomando mi espada ahora y llevándola al rey, y entregando la persona de D. Juan al rigor de los carceleros.

Y diciendo estas palabras desenvainó la espada que pendia de su cintura, y entregándosela á Lope continuó:

—Este acero me disteis en prenda de amistad: no os lo devuelvo como á enemigo: el rey me ordena que os lo entregue: por el que os di logré ascender al templo de la privanza causa de un error que me atribuyó vuestros servicios: por el mio acabareis de conseguir todas las mercedes y dignidades que ambicionásteis.

—Atravesadme el pecho con esa espada (replicó D. Lope) y no hiraís mi alma tan cruelmente con esas palabras.

—Nunca pensé (añadió Blanca) que vuestra insaciable codicia de riquezas os llevase al extremo de ocasionar la ruina de vuestro padre.

—Os juro que soy inocente de la causa que obliga al rey á mandar la prision de mi amigo (respondió el alcaide). Este es el castigo de mi audacia en violentar á la fortuna á rendirme sus favores.

—Os creo inocente (dijo Cabrera), y por eso aun os llamo mi hijo. No sé qué culpa me atribuirá la envidia de la corte para arrojarne en brazos de la desdicha. Ya veis cuán ciertos eran mis pronósticos, y hasta dónde llega el rigor de la fortuna. Ella, á despecho mio, me arranca de la soledad que amaba para traerme á los palacios que aborrezco. Todos se maravillaban antes de mi venturosa suerte, sin saber que salia de la libertad para caer en los hierros de una prision. Tomad experiencia, Lope, en mi desastre, y ved en lo que paran las pompas y vanidades del mundo.

—Temo haber sido la causa de vuestra desdicha (dijo Lope); pero aun me queda el consuelo de que tengo valimiento con el rey, y que, ó podré poco, ó os pondré en libertad, haciendo que vuestra inocencia (porque inocente os creo) brille mas resplandeciente que la luz de medio día.

—Sí, Lope mio (esclamó Blanca enternecida), emplca tu valimiento para salvar á mi padre.

—A su valimiento apelas en este trance (continuó don Juan), y no recuerdas que el mio pasó mas ligero que la luz del relámpago.

—¡Cielos! admiro el castigo que has dado á mi soberbia (dijo á esta sazón el alcaide); ambicioné las dignidades á despecho de la fortuna, y las obtengo solo para causar la ruina de mi amigo. Pero ¿cuáles podrán ser las causas de esta desdicha?

—Las ignoro completamente (replicó Cabrera): una conciencia exenta de todo crimen es mi compañera: si tengo algun delito por el cual sufrir penas terribles, es el no haber tenido bastante destreza para huir de los lazos que me asestaba la fortuna para convertirme en despojo de sus caprichos. Llevadme pues á la torre, y cúmplase la voluntad del rey. Nada temo al contemplar mi conciencia; pero tiemblo al no hallar seguridad contra las inconstancias de la suerte.

—Vuestras razones no pueden menos de llenar de amargura mi espíritu (respondió Lope); seguid mis pasos, y dejad vuestra salvacion á vuestra misma inocencia y á mi amistad. Y al decir tales palabras, tomó la espada que relucia desnuda en manos de Cabrera, y salió de la habitación de este.

Don Juan al verlo partir miró á su hija, en cuyo rostro corrían dos lágrimas; vióla temblar como la hoja en el árbol, conmovida de la furia de los vientos, y no pudo menos que dirigirle estas razones:

—Pues la infelicidad se ha apoderado de nosotros, sufrámosla con la resignacion de los justos.

Y echando los brazos al cuello de Blanca, la llevó consigo detrás de don Lope.

VI.

Tornó don Lope de Herrera á la habitación que le estaba destinada en el alcázar de Don Alfonso como alcaide. El asombro de la repentina desdicha de su amigo cuando apenas acababa de pisar los umbrales de la privanza, no se apartaba de su ánimo.

—No es la fortuna (dijo) quien ha precipitado desde su altura á don Juan Ponce de Cabrera. A alguna causa poderosísima y desconocida para mí debe Cabrera su desventura. Pero ¿quién en breves instantes ha hecho mudar su estado, llevándolo desde los pies del trono á la estrechez de un calabozo? Yo que he sido el ejecutor de las órdenes del rey ¿habré ocasionado la perdicion de mi amigo sin saberlo? Este pensamiento llena de angustia mi alma. ¿El rey no favorecia á Cabrera antes del coloquio que tuvo conmigo? ¿Desde que leyó el pergamino que puse en sus manos, no me hizo varias preguntas referentes á D. Juan? ¿No se maravilló de ver que yo era quien le pre-

sentaba aquel documento? Sin duda alguna en él se encierra algun secreto que pertenece á la vida de Ponce. Dios quiera que mis sospechas no salgan ciertas; pero sea lo que fuere, yo quiero saber con toda claridad si yendo yo tras la fortuna, ella para mi ruina y la de mi amigo y de mi amada me arrojó en brazos de las dignidades que tanto anhelaba. Al terminar estas razones sacó del seno un guardapliques, igual en todo al que puso en manos del rey. Con gran trabajo y no menor paciencia pudo descubrir el resorte que aseguraba el pergamino contra las tentativas de aquellos que lo buscasen.

—Ya he hallado lo que ha de aclararme un misterio horrible.

Dijo, y abriendo el guarda-pliegos sacó un pergamino y halló en él escritas las siguientes razones:

Yo D. Juan Ponce de Cabrera, señor del castillo de Cabrera y de sus campiñas, me obligo con mi persona y bienes á favorecer á los que me ayuden en la empresa de destruir al tirano de Castilla.

Esto se leía en el pergamino. Al un extremo estaban estampadas las armas de D. Juan Ponce de Cabrera.

Maravillado quedó D. Lope con la presencia de este documento. Veía que su amigo era un traidor al rey, y que él mismo lo había delatado. Desde luego comprendió que la ruina de Cabrera se acercaba por instantes. Temblaba recordando el amor de Blanca, el cual creía ya perdido para siempre: quisiera no haberla jamás conocido, y al propio tiempo maldecía la hora en que cegado por la ambición puso en manos de Alfonso aquel pergamino.

—He alcanzado de la fortuna dignidades y valimiento cerca del rey; pero no la felicidad que apetecía (esclamó). No puede haber dicha para mí sin el amor de Blanca, y ya el amor de Blanca es perdido para mí; pues nunca perdonará ella al autor de la muerte de su padre. Hablaré al rey y le pediré la vida de Cabrera; pero ¡ay! nada alcanzarán mis ruegos, sino hacerme sospechoso á sus ojos, y separarme de mi amigo, quizá en sus últimos momentos.

Un page de Alfonso vino á sacar de sus reflexiones á Herrera.

—Señor alcaide (dijo), S. A. me manda advertiros que os espera.

—Vamos á verlo (esclamó Lope para sí); sin duda me llama para saber el fin de mi empresa, ó para darme órdenes nuevas y mas rigurosas.

Luego que llegó á presencia del rey, éste le dijo:

—Sé que Cabrera está en una de las torres prisionero bajo tu custodia. Bien: te agradezco y tengo en merced tu presteza en servirme. Ahora necesito de tu amor á mi persona. En la sierra de Córdoba ha sido preso uno de los que me acometieron, y que tú despues de herirlo perseguiste en vano. Ha llegado con mis guardas, y se encuentra en los subterráneos del alcázar. Se obstina en callar su nombre y el de sus cómplices. Por lo tanto es preciso que mandes darle tormento para averiguar una cosa y otra ademas del objeto de la trama contra mi persona.

Iba á salir Lope á poner en ejecución las órdenes del Soberano, pero don Alfonso le detuvo diciéndole con extraña sangre fria:

—Al anochecer ordenarás tambien que sea decapitado don Juan Ponce de Cabrera en la plaza frontera de este alcázar para escarmiento de los traidores, y asombro de los cordobeses.

—Señor (dijo Lope), ¿qué me mandáis?

—La ejecución del juramento y de la palabra que esta mañana me diste en mi oratorio (respondió el monarca); obediencia y no escusas es lo que exijo de ti, y obediencia espero de tu lealtad acreditada.

Hizo señal con la diestra á Lope para que saliese de la habitación, y le volvió la espalda con el desden propio del señor que manda al esclavo.

¡Oh juramento terrible! (esclamó D. Lope). ¡Oh promesa cien mil veces desdichada! Y ¡desdichado yo que ciego tras la fortuna, pensé rendirla por la violencia, y ella me ha arrojado en brazos de la infelicidad y de la desesperación! Pero no está todo perdido. Alcaide soy del alcázar de Córdoba. Aun puedo salvar con mi vida la del padre de Blanca.

Y tomando una llave de varias que estaban pendientes de una espetera en la habitación suya, tomó el camino de la torre en que se encontraba Cabrera.

Este, no bien vió á su antiguo amigo, corrió á su encuentro, y le preguntó:

—¿Qué venís á anunciarme con ese rostro de dolor y esas lágrimas de amargura? Nada me digáis: ya adivino todo. Para completo ultraje de mi inocencia, y para desengaño de los que creen en los halagos de la fortuna, ya estará dada la sentencia de mi muerte.

—Señor (replicó Lope), si vuestra sinceridad hubiera sido igual al afecto que os tengo, ni yo vertería estas lágrimas por haberos delatado incautamente, ni vos os querellaríais de la fortuna, en lugar de atribuir á vuestro descuido y á vuestra culpa la ocasion de este desastre.

—No os entiendo (esclamó asombrado D. Juan).

—Os convertís en conspirador (dijo el alcaide) contra el monarca que

os favorece, lo llamais á vuestras tierras, lo cercais de forajidos pagados para el intento, y cuando veis malogrado vuestro designio, os declarais su defensor y le recibís en vuestro castillo aparentando salvarlo de los riesgos que vos mismo atrajisteis sobre su cabeza. Y no satisfecho de todo, fingiendo odiar los bienes de fortuna, recogéis como por fuerza los honores que la liberalidad y el agradecimiento del monarca os presentan. ¡Ah! quién creyera, don Juan, que hubiérais entregado al olvido la virtud y la lealtad de vuestros mayores!

—No sé qué fundamento puede haber para esas acusaciones que me dirijís (replicó D. Juan); sin duda el verme ultrajado por la fortuna os autoriza para ofenderme. Nunca tal imaginariis de vuestra amistad y del amor con que serviais á Blanca.

—Ved, Cabrera, la prueba de vuestro delito, sellada con vuestras armas, dijo Lope presentándole el pergamino.

—¡Santos cielos! ¡qué infame trama se ha urdido contra mí! (esclamó Cabrera). La letra no es mía, ni yo he dictado tal documento. Un impostor se ha servido de mi nombre y de mis armas para esta iniquidad; pero yo estoy inocente. Os lo juro, D. Lope.

—Quisiera dudar de mí mismo, antes que ultrajar á vuestra virtud: dijo el alcaide. Quizá seais inocente: lo seréis: yo así lo quiero creer; pero el rey en vista de este documento que yo le presenté sin saber lo que le presentaba, ha ordenado vuestra muerte para la hora del anochecer en la plaza del alcázar y en un tablado que ahora están construyendo los guardas de su Alteza. Deseo salvaros.

—¿Salvarme? Y ¿cómo? (preguntó con acento de indiferencia el infeliz Cabrera.) Eso es imposible.

—No es tan imposible como pensais (respondió Herrera): esta llave os abrirá dos puertas secretas de la torre que dan al campo. Huid de esta tierra, amigo mio: cuando vengan á este lugar los guardas y el verdugo, nada encontrarán. Y si el rey Alfonso quiere una vida en cambio de la vuestra, aquí está la mía.

—No: os engañais mucho si creéis que he de salir fugitivo del alcázar (continuó Cabrera): inocente entré en este sitio, y no he de salir de él sino para el cadalso, ó para las dignidades que antes despreciaba, pero que ahora las exigen mis méritos y servicios. Con la huida acreditaba las sombras del delito que me cercan: quedando en este lugar, alcanzaré tal vez una muerte, para los que no sepan quién es don Juan Ponce de Cabrera, deshonrosa; mas injusta para los que no ignoren mi lealtad y el amor con que he acatado á los reyes de Castilla.

—Y porque veais cuán lejos estoy de imaginar mi huida, esta llave en que habeis puesto la esperanza de mi salvacion, va á perderse ahora para mí.

Y diciendo estas razones, arrojó por la ventana de la torre al campo el instrumento que D. Lope le habia dado para la salvacion de su vida.

—Venga ahora la muerte (continuó): no la temo. Jamás la he temido el justo.

—¿Qué habeis hecho? dijo Lope.

—¿Qué? (respondió Cabrera) dejar que de una vez la fortuna acabe de ejercitar en mí sus rigores. Yo huyendo de los bienes que me ofrecía, no pude salvarme de sus lazos. Me coroné de flores para clavar en mi frente las espinas. Vos, persiguiéndola para que os favoreciese, lograis sus dones por medio de la violencia. Con ellos os creisteis dichoso, en tanto que caminábais á la desdicha. Entonces teniais un amigo sincero, resuelto á llamarnos hijo, y una doncella ardiendo en vuestros amores. Quisisteis otra cosa mas que la felicidad con que os brindaba la suerte. La hostigasteis en balde; pues solo conseguisteis dignidades sin felicidad, cuando podiais tener la felicidad sin dignidades. El castigo de vuestras ambiciones es llegado. Perdisteis el padre y la esposa: tambien perderéis esos honores que habeis conquistado con la desdicha agena; y si la fortuna os muestra agradable el semblante con toda sinceridad, como suele presentarlo á los perversos, no gozareis tranquilamente de los bienes con que os regale. Mi sombra os perseguirá de continuo, los sollozos de mi Blanca llegarán á vuestros oídos, sin que jamás logreis ver aquellos ojos que amabais menos que los bienes de fortuna; y á donde quiera que dirijáis las miradas, hallareis escrito con letras de mi sangre, el nombre de D. Juan Ponce de Cabrera.

Don Lope escuchaba pálido y con los ojos desencajados las terribles palabras de su amigo. Al terminar este sus acentos, cayó de rodillas el alcaide, diciendo con trémula voz:

—Si os he perdido, tambien he procurado salvaros. Arrebatadme la vida, antes que me dejéis entregado á los rigores de vuestra maldicion.

—No os maldigo (respondió D. Juan), soy aun mas generoso: os perdono; pero nunca seais esposo de Blanca: os lo prohibo. Así como por la ambición habeis turbado mi reposo y me arrastrais al cadalso, mañana llevariais á la tumba á vuestra consorte, y á los hijos que en ella tuviérais. No queráis hacer mas desdichados á los impulsos de vuestra insaciable sed de las vanidades del mundo.

Dijo, y en el umbral de la puerta aparecieron un sacerdote y varios guardas.

—Llegado es el instante de mi muerte (esclamó); tan solo me atribula la infelicidad y el abandono en que queda mi Blanca. No quiero verla, ni turbar el sueño en que reposa. Me faltaria el valor para subir con mi inocencia las gradas del patibulo. No os la encomiendo, aunque la infeliz no tiene amparo alguno en la tierra. Pero mas quiero dejarla encomendada á su infelicidad, que á un hombre nacido para instrumento de las iras con que la fortuna castiga sus ambiciones en las personas que le profesan cariño.

Al decir tales palabras, salió de la estancia, dejando de rodillas al que fué su amigo.

Don Lope al verlo partir alzó los ojos al cielo, cubiertos de un amargo llanto, quiso hablar, y levantarse; pero la voz y las fuerzas lo abandonaron, y cayó sin sentido.

VII.

Al ruido que ocasionó la caída de Lope, abrió Blanca los ojos, poseída de un extraño sobresalto, como si su corazón la predijese la desdicha de Cabrera: salió de su habitación, buscó en la otra á su padre, y al ver postrado en tierra á Lope y sin sentido, exclamó:

—Levanta, infeliz: ten fuerzas para presenciar los males que nos ha ocasionado tu insaciable codicia. Hasta ahora la angustia me tuvo rendida al sueño; pero ya la desesperacion y la suerte que creo reservada á mi padre, me animan.

Don Lope en esto entreabrió los ojos, y dijo con débil voz:

—Blanca, Blanca mía.

—No soy tuya; ni jamás lo seré (respondió ella). ¿Dónde está mi padre? ¿Lo has sacrificado en aras de tus ambiciones?

—Mi desdicha y su negra fortuna lo arrastran al cadalso (replicó don Lope).

—¡Al cadalso! ¿y tú me lo dices? (esclamó con acento de desesperacion la doncella). Apartate de mi presencia. Un mar de sangre nos separará eternamente. La ceguedad de tu codicia de honores y riquezas ha turbado la calma en que vivíamos mi padre y yo en el castillo de nuestros mayores. Tú lo has llevado al patibulo infamando su inocencia y cortando el hilo de su generosa vida. Tú has perdido á un padre y una esposa: yo he perdido á un amante. El que está ante mis ojos, no es el objeto de mis amores, no es D. Lope de Herrera, sino un hijo de la ambicion y un contrario de mi familia. Huye de mi vista, ó mejor dicho, yo huiré para siempre de la tuya. Te abandono en brazos de la fortuna, y á los remordimientos de tus delitos, si no eres tan vil que ni aun los remordimientos hallarán cabida en tu corazón.

Dijo, y aunque D. Lope hizo ademán de contenerla, salió de la habitación gritando: —¿Dónde está mi padre? ¿Qué habeis hecho de don Juan Ponce de Cabrera?

—¡Infeliz! (esclamó D. Lope) yo he ocasionado tu desdicha. Hé aqui el castigo que la fortuna habia reservado á mis ambiciones.

Quiso correr en pos de Blanca con el fin de detenerla para que no viese la ejecucion de su padre; pero en aquel instante entró uno de los carceleros en la habitación, y le dijo:

—Señor alcaide, ya D. Juan ha perecido, y tambien su primo: aquel en el cadalso y este en el tormento.

—¿Qué primo es ese de D. Juan Ponce? (preguntó Lope).

—El hombre que heristeis en la sierra y que se ocultó á vuestros ojos. Preso por los guardas del rey, y puesto en el tormento, ha confesado al espirar que se llamaba D. Enrique de Cabrera, primo del que acaba de morir en el cadalso: que desavenido ha un año con su pariente, huyó del castillo y buscó en Aragon un asilo.

—¿Y qué mas confesó? (dijo D. Lope impaciente).

—Muchas mas cosas (prosiguió el carcelero): en primer lugar, que deseoso de que el monarca aragonés le debiese la corona de Castilla, determinó matar á D. Alfonso XI: que sabedor de que S. A. solia cazar por las sierras de Córdoba, determinó darle muerte en ellas: que para la empresa incitó á cuatro aventureros, á los cuales hizo creer que su primo, persona de tanta autoridad en la comarca, era el cabeza de la conjuración; y que para mas acreditar sus palabras se sirvió de su sello que habia robado antes á su pariente.

—¿Qué dices? (esclamó D. Lope). Ya se ha completado el castigo de mi soberbia. Yo por la insaciable sed de dignidades he mancillado la honra de un amigo, lo he perdido para siempre arrastrándolo al cadalso: he cubierto de infamia su linaje, y he concitado contra mí el odio eterno de la muger á quien amo.

Al llegar á estas palabras, entraron en la habitación dos caballeros. Al verlos dijo Lope:

—Si venis de orden del rey á darme muerte, aqui teneis mi cabeza.

—Señor (respondió uno de ellos), no tratamos de quitaros la vida, sino de daros una nueva que llenará de alegría vuestro corazón. Su

alteza nos encarga que en su nombre os digésemos, que acatando nuestro rey los muchos y buenos servicios que os deben los reinos de Castilla, os hace merced del título de duque, y de la plaza que ocupaba cerca de su persona el traidor D. Juan Ponce de Cabrera.

—¡Oh engañosa fortuna! (esclamó D. Lope) me ofreces las dignidades que he comprado á costa de mi felicidad, de la sangre de mi amigo y del amor de Blanca: para nada quiero ya tus dones. El desengaño y el escarmiento han llenado de pavor mi alma.

—¿Qué respondemos á S. A.? (preguntó uno de los caballeros).

—Decid al rey, nuestro señor, (replicó el alcaide) que D. Lope de Herrera agradece las mercedes con que quiere honrarlo S. A.; pero que de hoy mas se retira de la corte, huyendo de los bienes de fortuna, y no queriendo, al ascender á la privanza, hollar los venerables restos de su inocente amigo D. Juan Ponce de Cabrera.

CONCLUSION.

Un año despues de este suceso, D. Lope de Herrera, cansado de buscar inútilmente á Blanca, quiso huir para siempre de los favores que la fortuna le estaba dispensando á toda hora. Cuando antes los anhelaba, ella los escondia de su vista: y ya que los entregaba al desprecio, la suerte no cedía en su empeño de ponerlos en sus manos.

Aunque temia Lope luchar contra el poder de la fortuna, recordando la trágica historia de D. Juan Ponce de Cabrera, se creyó seguro en el retiro de un claustro, profesó en un monasterio, y allí en la penitencia y en el llanto pasaba los dias sin que turbasen su alma mas que los remordimientos de haber ocasionado la desdicha de un amigo, y de su infeliz amante Blanca.

Pero la fortuna, ni aun en la soledad del claustro desistió de perseguir á Lope. Como ya del corazón de este habian desaparecido las ambiciones, buscó otro camino de favorecerlo. La fama de las virtudes y de la humildad del monge, alcaide en otro tiempo de los régios alcázares, voló hasta el trono de D. Alfonso XI. Y como vacase la silla episcopal de Córdoba, el monarca no dudó en concedérsela á un hombre de tan santa vida.

Cuando llegó la nueva de esta dignidad á los oídos de Lope, este se estremeció, y dijo:

—Ni aun en la humildad y pobreza, ni aun en el retiro de un monasterio estoy seguro de los ardores de la fortuna. La lucha contra mí sigue trabada: Dios me dé alientos para ganar la victoria.

Renunció la dignidad episcopal; pero en virtud de santa obediencia, le fué mandado aceptarla.

Lope no quiso dejarse vencer de la suerte, y huyó una noche del monasterio.

En esto habian pasado tres años desde la muerte de Cabrera. El monge se determinó á no abandonar la vida penitente, y procuró buscar en las entrañas de la sierra de Córdoba un asilo contra los rigores de la fortuna, ejercitados en su persona, ya por medio de halagos, ya por medio de violencias.

Pasó en su huida por los contornos del castillo de Cabrera, el cual habia sido confiscado por Alfonso XI. Fatigado de sed, entró en una cabaña á pedir por breves instantes un abrigo contra las inclemencias del sol de agosto. Dos ancianos esposos habitaban aquella morada de la pobreza: al punto que vieron al monge, se apresuraron á agasajarlo, llevándolo á un huertecillo que á espaldas de la cabaña se encontraba.

Los ojos de Lope vieron en el suelo una piedra toscamente labrada, y en ella unas letras que decian:

AQUI YACE LA MUY HONORABLE Y MUY HONESTA DONCELLA DOÑA BLANCA DE CABRERA, FLOR DE VIRTUDES, MARCHITA EN EDAD TEMPRANA.

—Esta fué la hija de nuestro señor D. Juan, criada á mis pechos. Despues de la muerte de su padre huyó á este sitio, y en nuestros brazos espiró al cabo de seis meses, devorada por una fiebre. El dolor de la desdicha de Cabrera y la ausencia y los yerros de un D. Lope á quien ella idolatraba, bastaron á destruir su juventud y su lozanía. Ahí nuestro afecto le ha erigido esa modesta tumba.

Al escuchar tales palabras, el monge se hincó de rodillas junto á la piedra en ademán de orar por el alma de la desdichada jóven. Pero los sollozos que salian de su pecho llenaban de admiracion y de curiosidad á los dos ancianos.

Al fin se levantó trabajosamente, y siguió, no sin lágrimas, su camino.

Desde aquel dia con grande asombro de los esposos, todas las mañanas veian cubierta de flores la piedra que ocultaba á las miradas de los hombres el cuerpo de la desdichada Blanca.

Pasaron algunos años sin que se descubriese el autor de esas memorias fúnebres: los dos esposos bajaron á la tumba, rendidos bajo el peso de la edad: la cabaña falta de habitantes y de cuidado vino á tierra: desaparecieron sus restos; y solo quedaba en aquellos contornos

nos el sepulcro de Blanca, defendido de las pisadas de los ganados y de los hombres por varios árboles.

El vulgo, aficionado á lo maravilloso, al ver que todas las mañanas aparecía el sepulcro cubierto de flores, creyó que eran puestas por algun angel.

Al cabo de cierto tiempo á pocos pasos del sepulcro hallaron á un monge espirando y con una guirnalda de flores en la mano. Era el desventurado Lope, que sintiéndose desfallecer, habia querido dar el último tributo á la memoria de la infeliz doncella, y espirar junto á su tumba.

Desde entonces dejaron de cubrir el sepulcro de Blanca las tristes flores, regadas con el llanto de Lope. Los árboles fueron destruidos por la segur de los labradores, codiciosos de leña con que templar las crueldades del invierno: la piedra fué hollada por los caminantes, y el viento se encargó de cubrirla con la arena.

Solo quedó en los habitantes de aquellas cercanías la memoria; y al fin, el tiempo no tardó en arrebatarla.

FIN.

ADOLFO DE CASTRO.



(Toledo.—Ruinas del palacio de Doña María la Grande.)

TANTO MONTA.

En todos los edificios, en todos los monumentos de la época, en que tomaron parte los reyes católicos don Fernando y doña Isabel, se encuentra pintado ó esculpido y colocado en un mismo escudo, al propio tiempo que las armas y blasones de Castilla y de Aragon, como simbolo de la union de las dos coronas, un mote ó lema, compuesto de estas dos palabras, **TANTO MONTA**, unidas á los geroglíficos ó signo de un yugo doble con sus coyundas, y un manojo de saetas, atadas por el centro y desplegadas en forma de abanico. No falta este emblema en los palacios, templos y edificios públicos de su tiempo, y mucho menos en los que son de su inmediata fundacion. Encuéntrase igualmente hasta en los muebles y utensilios que fueron de su uso y pertenencia. La catedral de Toledo, entre sus muchas preciosidades, posee unos riquísimos tapices ó paños, bordados todos de cargadísimo brocado de oro, que sirven solamente para la octava del Corpus, los cuales no fueron donacion de los reyes católicos á la iglesia, como creen muchos vulgarmente, sino que fueron espresamente comprados para el uso á que hoy se destinan, en 1517 por Alfonso Tendilla, camarero del cardenal Cisneros, y por encargo de este, en precio de 400,000 rs., constando de los asientos de la iglesia que habian pertenecido á la cámara de la reina doña Isabel. En ellos se vé lo primero el *tanto monta* que forma su orla ó su guarnicion.

Hállase tambien este lema hasta en la vaina de la espada que se conserva en la real armería de esta corte, y que perteneció al rey católico; y por último se encuentra reproducida en todos los objetos en que directa ó indirectamente tuvieron parte esos monarcas.

La verdadera significacion de esta empresa y emblema esclusiva de los conquistadores de Granada, no es conocida de muchos; y si bien algunos han creído descifrarla, lo han hecho de una manera equivocada, y no conforme con el verdadero sentido del ingenioso autor que la inventó.

Créese vulgarmente por los mas, que el **TANTO MONTA**, privativo de los reyes católicos, alude á la union de las dos coronas de Castilla y Aragon, que para gloria y felicidad de la España llevaron á cabo esos principes en su dichoso enlace, y como de ella naturalmente resultase el mútuo dominio y reciproca autoridad de ambos en los dos reinos que antes estuvieron separados, de aquí calcularon algunos, que el **TANTO MONTA** queria decir: *Tanto monta Isabel como Fernando*, esto es, vale tanto uno como otro, ó tiene uno la misma jurisdiccion y predominio que el otro, mediante el matrimonio y reunion de las pertenencias de ambos cónyuges, siendo igual, continúan, á que el rey mandase una cosa, ó que á su vez lo hiciese la reina; ayudando mas á esta conjetura el que en muchos edificios de aquella época, á ese emblema se ven unidas las iniciales de los nombres de Fernando é Isabel, como sucede en la fábrica del convento de san Juan de los Reyes de Toledo, fundacion suya, y en otras muchas, que con régia liberalidad labraron á sus expensas esos católicos principes.

Antes de refutar esta opinion como por incidencia, debemos decir por via de rectificacion, para los que la han sentado como cierta, que si bien la soberanía de los reyes católicos fué una misma, confundida por su enlace en ambos reinos, y que todas las cédulas y provisiones para cualquiera de las dos coronas salian encabezadas por ambos, sin embargo, habia algo reservado para cada uno respectivamente en la suya, sobre lo cual obraba con entera independencia del otro; reservas que se hicieron al tiempo de contraerse el matrimonio, y que religiosamente se guardaron mientras duró aquel, haciendo mencion solo como de una de las mas principales, la provision de beneficios eclesiásticos, que el rey Fernando hacia esclusivamente para las de Aragon, y doña Isabel para Castilla, sin contar otras varias facultades que no eran mútuas.

Volviendo pues á la significacion del **TANTO MONTA**, consta de una manera indubitante, y lo han consignado en sus obras varios autores, y con mas estension que ninguno Pedro Mártir de Angleria en sus decadas latinas, que fué invencion é ingeniosa idea del célebre humanista Antonio Nebrija, honra del siglo XV, y cuya memoria será eterna.

Atendiendo este doctísimo varón al dichoso término que habían tenido todas las empresas de los reyes católicos, y que estos habían realizado el gran pensamiento de la unión de los reinos mas importantes de España, como eran Castilla, Aragón y Navarra, sojuzgando de grado ó por fuerza á todos sus enemigos, y acabando de una vez con el último baluarte de la morisma, apoderándose de la ciudad y reino de Granada, que por mas de 700 años habían gemido bajo el yugo sarraceno; y considerando, por último, que la fuerza unas veces, la espontánea sumisión otras, habían producido tan dichoso resultado, discurre que tan gloriosas hazañas eran dignas de una empresa ó mote, que fuese unido siempre al nombre y blasones de unos principes á quienes la fama había de preconizar eternamente.

Sin tener en cuenta, aunque quizá le vendría á la mente, aquel famoso dicho atribuido á Alejandro, cuando Gordio le presentó el célebre nudo que de su nombre se llamó Gordiano, tan enredado y difícil que era imposible el desatarle, lo cual conocido por el héroe macedonio, sacó su espada y le cortó de un tajo diciendo: *tanto vale cortar, como desatar*, queriendo significar con eso que de una manera ó de otra nada resistía á su poder; sin tener en cuenta esto, repetimos, ni tratar de hacer una servil imitación, combinó las dos palabras, **TANTO MONTA**, con los geroglíficos del yugo doble y conyundas, y el manejo de saetas, significando con el primero la sumisión y vasallage voluntario, y con el otro la fuerza de las armas, dominando al que osase resistirse. De esta manera el **TANTO MONTA**, y entre esas palabras el yugo y las saetas quieren decir: tanto monta dominar á los enemigos é imponerles el yugo sujetándose ellos mismos de grado, que sujetarles por la fuerza de las armas, las que están indicadas por las saetas; y este es el verdadero sentido de la tan celebrada empresa.

Estraño es á la verdad que haya habido autor, y no muy lejano á aquellos tiempos, que haya atribuido esa invención á otra causa muy diferente, y que ademas no tiene apoyo en la historia.

Paulo Jovio en su *diálogo de empresas militares*, traducido al italiano por Alfonso Ulloa, dice: «que el rey católico trajo por empresa el nudo Gordiano con la mano de Alejandro Magno que lo cortó, y el mote referido de tanto monta, aludiendo á aquellas palabras de este príncipe, que no pudiendo desatar un nudo que le presentaron, dijo: tanto monta cortar como desatar: son sus palabras.» (Página 24.) «Lo mismo aconteció al rey católico, continua, que sucediéndole un cierto pleito muy enredado sobre la herencia del reino de Castilla, no hallando otro camino, lo conquistó con la espada en la mano, y así lo venció; de manera que esta tan grandiosa empresa, alcanzando gran fama, mereció que se igualase con la Francia; algunos quieren decir que la inventó el doctísimo é ingenioso varón Antonio de Nebrija, que en aquel tiempo restauró la lengua latina de España, de quien agora leemos un muy copioso diccionario latin y castellano.»

Basta leer esto para estrañar cómo haya podido escribirse lo que está tan en contradicción con los sucesos y hasta con la misma empresa, que en nada se parece al nudo Gordiano, ni tiene la mano de Alejandro que Paulo Jovio supone.

El P. Sigüenza en su historia de la orden de san Gerónimo, pág. 3, lib. 4, hablando de Antonio Nebrija y de sus obras dice: «También sacó á luz la historia de los reyes católicos Fernando é Isabel, y principalmente en lo que toca á la guerra de Granada y á la guerra del reino de Navarra, y les hizo á los dos reyes aquella tan acertada, aguda y grave empresa de las saetas, conyundas y yugo con la empresa, *tanto monta*, que fué ingeniosa alusión al alma y cuerpo de ellas.»

Acerca del tiempo en que Nebrija compuso ese lema, y por consiguiente, desde cuándo comenzaron á adoptarle los reyes católicos, no podemos sentar cosa fija; pero atendiendo á la época de los monumentos donde se encuentran, anteriores muchos de ellos á la conquista de Granada, podemos dar por sentado que fué antes que tuviese lugar este acontecimiento, pues entre otros citaremos el suntuoso convento de los franciscanos observantes de Toledo, en cuya fábrica se ve á cual mas reproducida esa empresa al lado de las armas de Castilla y de Aragón en las cuales aun no se ve la Granada, blason que se añadió despues de la toma de esa ciudad; y así creemos, que siendo anterior la idea de Nebrija, aludiría á la conquista de Navarra y sumisión de una buena parte del reino de Granada, la cual precedió á la conquista de su capital.

ENTRE BASTIDORES.

I.

—¿Te empeñas?

—Me empeño.

—Pues bien, sea!... sabes que te quiero mucho y no puedo negarte nada; tienes instrucción y gusto; vas al teatro de buena fé y eres prudente; por todo esto siento llevarte entre bastidores como tú dices.

Dentro de poco perderás la afición, ningún drama te escitará interés, y te verás privado de una diversion que te instruye al mismo tiempo que te recrea.

—Pero ¿por qué razón?

—Por la misma que no te hace efecto un cuadro sino le miras á la distancia conveniente; y por la misma que desaparecería tu amorosa ilusión si á través del elegante vestido de la hermosa Julia, pudieras ver sus enaguas puercas.

—¡Vaya una comparación!...

—¡Exacta! Tú vas á ver la Hermana del Carretero, por ejemplo, y al acabar el prólogo pones en prensa tu caletre por ver si adivinas cómo y de qué manera se descubrirá el asesino del rey; pues bien, si en lugar de estar reflexionando en tu butaca fueses al escenario, te se caería el alma á los pies al oír al duque Roberto jurando como pudiera hacerlo un hermano del protagonista, diciendo que el segundo apunte no le había dado un *pañó* que tenía por el *foro izquierdo*, y que á no acordarse de los *pies* hubiera llevado una *castaña*.

—Mejor; así gozaré del placer de los contrastes: decididamente, chico; quiero ver lo que es un teatro por dentro.

—Bueno: acuérdate que tú lo has querido: vamos al saloncillo.

Y dicho y hecho; tomó Carlos mi brazo y atravesamos el espacio que separa al público de los actores, despues de habernos reído de la facha del portero que ronca como un bienaventurado, medio tendido sobre una silla á la que faltaban los palos del respaldo, y revuelto en un viejo capote de barragan.

—Este es el saloncillo, dije á mi amigo: aquí se reúnen los actores durante los entre actos y aun durante la representación, hasta que el traspunte los llama á la escena.

—Entremos, dijo Carlos quitándose el sombrero. Yo me eché á reír.

—Cúbrete, y no seas niño, dije ofreciéndole un cigarro.

—¿Pero hombre, no ves que hay señoras?

—¿Pero hombre, no ves que todos fuman y están con el sombrero puesto?

—Segun eso hay aquí una deliciosa franqueza.

—¡Deliciosa!... ¡muy deliciosa!...

—Y entreabriendo la cortina entramos en la sala de descanso.

Llegué al director, le presenté á mi amigo (que estaba colorado como un pimiento) y nos dirigimos á otra parte del saloncillo donde estaban algunas actrices sabrosamente ocupadas en murmurar de otra que sentada enfrente, se hallaba tan absorta en sus pensamientos que no veía nada de lo que á su alrededor pasaba.

—¡Bien venido! me dijo una de aquellas señoras: mire V., mire V. qué vestido tan raro tiene hoy la M... ¿ha visto V. qué mangas tan particulares?

—Vamos (añadió otra), díjala V. algo... V. que tiene siempre tan buen humor!... (Yo poseo entre otras cosas un mal humor tan gracioso, que hace reír á todo el mundo menos á mí.)

—¿Quién es esa M...? preguntó Carlos.

—Una actriz que viste con mucho gusto y tiene muy buen talento, le contesté.

—¿Y por qué la critican?

—Porque ha tenido un amante.

—¿Y esta que tanto se ensaña contra ella?

—Esa ha tenido cuatro.

En esto sentí que me daban las buenas noches y me tocaban ligeramente en el hombro; volví la cara y reconocí á Romero.

Este actor había sido *primer galán* cuando para serlo bastaba dar gritos y manotadas al viento, y ahora, merced á la variación que ha sufrido el gusto del público, se halla ajustado en la modestísima categoría de *racionista con obligación de acompañamientos*; es de suyo hablador, y como cómico viejo sabe al dedillo la crónica de bastidores.

—Buena noche, Romero, le dije sonriendo: sospecho que ese traje no es de la época (llevaba un *paleót* del día sobre una *dalmática* del tiempo de los godos).

—¿Qué quiere V. amigo! es muy fácil constiparse por esos pasillos; ya soy viejo y no me importa el qué dirán: ande yo caliente y riase la gente; el deseo de agradar solo está bien en la juventud.

—Sí, pero la juventud no sabe lo que se pesca la mayor parte de las veces que tiende la caña: aquí tiene V. un muchacho que me ha suplicado le proporcione entrada en el escenario pensando que se va á divertir mucho.

—¿Es periodista?

—No señor, es independiente.

—¿Autor dramático?

—Aun no ha llegado su locura hasta ese extremo: es sumamente aficionado al teatro y tiene empeño en conocer eso que se llama *intriga de bastidores*.

—Pues á nadie mejor que á mí le podía V. haber dirigido; yo sé como ninguno los dramas que se representan de bastidores dentro.

y le instruire de cuanto quiera. Basta que lo haya conocido por V.: pero me parece, continuó volviéndose á Carlos, que debemos empezar por los personajes: pregunte V.

—¿Quién es aquella princesa tan almidonada que está cuchicheando con aquel muchacho de patilla rubia?

—Una segunda dama joven: se llama Gertrudis y es algo casquivana. En cuanto al joven bellido, se cree que sea su cortejo, porque es periodista y todos los días la está poniendo sueltos. Hoy mismo viene uno alabando el traje que sacó antes de anoche, y luego hemos sabido que era prestado.

—¿Y ese que está pugnando por abrocharse el cinturón?

—El marido de la susodicha. Es parte por medio.

—¡Ah!... es casada.

—Sí, en Valladolid, hace tres años, cuando él puso la parte de tercero.

—¿Y aquel destrozado que está diciendo á gritos que tiene muchísimo caudal?

—Y le tiene efectivamente; pero es antiguo.

Carlos me miró como un hombre que no entiende una palabra.

—Caudal de papeles, le apunté yo.

—Es un actor parado, respondió Romero.

—¿Puede empujarse? preguntó en esto el traspunte al director.

—¿No falta nada de la guardaroña? dijo este.

—No señor.

—Pues arriba.

—Aparecen la señora X y una esclava. Prevenido Rodríguez y voces del pueblo: izquierda puerta. Un guerrero en el forillo. ¡Vamoooo!...

Previó Carlos la conversacion de Romero á la continuacion del drama (no sé cuál de las dos cosas seria peor), y no volvimos á juntarnos hasta despues de concluida la representacion: Una vez en casa, y habiendo tomado la posicion horizontal (que es indudablemente la mejor posicion), pregunté á mi amigo la causa de la tristeza que habia notado en él desde que salimos del teatro.

—Ni sé lo que tengo, me respondió: poco despues de irte tú, llegó el traspunte y dijo á Romero que se previniese para dar un recado, y Romero se despidió de mí doblando una hoja del pergamino: como me quedé solo me puse á mirar á todos lados, y casualmente mis ojos se encontraron con los de la dama á quien criticaban por haber tenido un amante. No habia reparado hasta entonces..... es muy hermosa..... ¡mucho!

—¿Y qué?

—No pude soportar el peso de su mirada y volví la cabeza á otra parte; entonces oí á la dama que habia tenido cuatro amantes, que estaba echando pestes contra la que no habia tenido mas que uno. Yo no me pude contener y dije que se equivocaba.

—¿Y qué te contestó?

—Que todos estábamos sujetos á equivocaciones. Poco despues se levantó y yo noté que todos me miraban de hito en hito.

—¡Bá! pues has hecho una inocentada.... ó por mejor decir una tontería.

—¡Yo!...

—Tú; has comprometido á una muger y te has puesto en ridículo. Esto es lo que se saca de saber las intrigas de bastidor: ser víctima de ellas.

—¿Yo?

—Hasta mañana: tiempo tendremos de hablar de eso.

Y tiré mi cigarro y Carlos encendió uno. Ignoro si durmió ó si estuvo fumando toda la noche.

II.

—¿Dónde se habrá metido el muchacho? ¿Habrá sido tan prudente que no haya venido al escenario? Creo que no; pues aunque esta mañana me prometió tener juicio, sospecho que el bribonzuelo de Cupido le ha flechado, y entonces... pobre criatura, no sabe que el amor de bastidores es una mutacion continua.

—Vamos, vamos arriba... Ramirez, métase V. en el torna-voz. ¡Ah!... escuche V., siempre que haya mutis, marque V. si es por la derecha ó por la izquierda, porque el drama está un poco tierno... vamos, vamos.

—Adios, Paquita.

—Adios, amigo mio.

—¿Cómo se encuentra V. de los nervios?

—Bien, gracias, estoy un poco mas... ¡Ramirez!...

—Mande V. (¿Por dónde habrá ido esa condenada?)

—Hágame V. el favor de decirme muy alto el parlamento de cuando perdí mi honor... mire V., lo mejor será si miento mucho, que se vaya V. al pie.

—Corriente, en el parlamento de... ¿ha visto V. á mi Pepa?

—No señor.

—¿No, eh? ¿con que no? Por vida de... ¿habrá ido esa condenada? Ea, adios. (Voy á preguntar á los asistentes.)

—¿Diga V. quién es esa Pepa?

—Calle V. por Dios, esa muger va á ser la ruina de la compañía.

—¿Pues cómo?

—Figúrese V. que el apuntador está enamorado.

—¿Qué me cuenta V.?

—Lo que V. oye, enamorado como un autor novel.

—¡Pobre hombre!

—¡Es el caso, que la preña de su corazon es Pepilla, una boherita que estuvo en el Circo de Salamanca, buenos brazos!

—Sí, ya caigo.

—La chica es atolondrada como ella, pero el apuntador á quien no gusta esa especialidad, la tiene mandado que durante la representacion permanezca en la primera caja de la derecha, para no perderla de vista desde la concha.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Que cuando no la vé, ó la vé con alguno, se pone furioso, empieza á decir desatinos y pierde al pobre actor que está en escena.

—¿Y no han tratado VV. de poner remedio?

—Sí, yo le aconsejé que se la llevase con él al torna-voz, pero no pudo resistir mas que una fucion.

—¿Quién, el torna-voz?

—No, el apuntador.

—¿Pues cómo?

—Porque como la muchacha no puede estarse quieta y él no podia apuntar y responder á las preguntas que le hacia, se entretuvo en hacerle cosquillas ó tirarle cada pellizco que le hacia ver las estrellas.

—¡Vamos, vamos, que ya está aguardando el presidente Ramirez!... ¡con dos mil de á caballo!... ¿me hace V. el obsequio de irse al agujero?

—Ya voy, hombre, ya voy (no la he podido encontrar, por vida de... ¿Dónde habrá ido esa condenada?)

—¿Estamos?

—Estamos.

(Al apuntador) arriba.

(A los arrojados) abajo.

Y empieza el drama para el público, y sigue el que se representa entre bastidores.

—¿Prevenida, Dolores, tiene V. la carta?

—Sí; ¿qué digo?

—¿Aquí las pruebas están!

—¿Aquí las pruebas están? Bien. Adios, señores; ¿saben ustedes la última crónica?

—No.

—No.

—No.

—¡Ay! pues es chistosísima, figuran en ella la M. y un jovenzuelo.

—¿Alto?

—Sí.

—¿Rubio con un poquito de bigote?... lleva un gaban blanco?...

—Sí, sí, el mismo.

—(El mismo! ¡pobre Carlos!) ¿y que ha pasado?

—Se ha puesto en ridículo completamente: figúrense VV. que...

—Fuera con carta.

—Aquí las pruebas están.

(Pobre amigo mio, sentiré que haya hecho una necedad).

N. S.

POESIAS INÉDITAS DE D. JUAN PABLO FORNER.

Traducción de la oda tercera del libro II de Horacio.

Pues presa de la muerte
Has de ser, Delio, al fin, guardar procura
En la funesta suerte,
No menos que en la próspera, segura
De inmodesta alegría
La mente inalterable noche y dia.
Ya vivas perseguido
De importuna tristeza, ó ya risueño
De placeres ceñido
Hinchando el hondo vaso el halagüeño

Falerno que conserva
 La reservada cava; en blanda yerba
 Te goces reclinado
 Lejos de la ciudad; do á las ufanas
 Ramas de un plateado
 Alamo se entrelazan las lozanas
 De un pino corpulento,
 Y su sombra convida al fresco asiento:
 Y donde alegre y viva
 De arroyuelo fugaz linfa sonora
 La marcha fugitiva
 Serpeando apresure. Aquí de Flora
 Haz, oh Delio, que lleven
 Cuantas delicias de su copia llueven.
 Haz que lleven ungüentos,
 Delicias del olfato; alegres vinos,
 Sabrosos, no violentos;
 Haláguente matices peregrinos
 De la efímera rosa,
 Y haz, oh Delio, tu vida deliciosa,
 Mientras que lo permiten
 Tus muchos bienes y tus dulces días;
 Y las pocas oniten
 Cortar el hilo de tu vida; impías
 Cortarántele luego
 Sin que se ablanden al humilde ruego.
 Y entonces la adquirida
 Tierra forzado dejarás, la casa
 Y la granja lamida
 Del Tiber rojo; y poseerá sin tasa
 Un heredero ansioso
 De tu tesoro el cúmulo asombroso.
 El rey del Orco horrendo
 No distingue de estados; que de aucianna
 Progenie descendiendo,
 Sus riquezas heredes, que villana
 La suerte te castigue,
 Y vil plebeyo á mendigar te obligue;
 Bajarás al averno,
 Y bajaremos todos; inviolable
 Para el destierro eterno
 La urna á todos nos mueve; inexorable
 Mas tarde ó mas temprano
 A él nos lleva Charonte el inhumano.

ANACREONTICAS.

A POMONA.

Deja, Pomona, el huerto,
 Deja las flores bellas,
 Y atiende al tono yerto
 De mis tristes querellas:
 Y si te dueles de ellas
 A Silvia persuade,
 Que su retiro añade
 Al pecho un dolor cierto;
 Y encubre las centellas
 Que amor, piadoso niño,
 Ofreció á mi cariño
 Gozar eternamente.
 Oye mi voz doliente,
 Y en tono semejante
 Trásladala á mi ausente,
 Dile que es de su amante:
 Mas si esto hacer no quieres...
Mal hayan las mugeres.

AL MISMO ASUNTO.

De cuantas zagalejas
 Moran en estas selvas,
 Solamente Dorisa
 Es la que me contenta;
 Díceselo, Pomona,
 Haz por donde lo sepa,
 Que siempre agradecido
 Viviré á tu fineza:
 Llévame mi pecho amante
 Del dolor y la pena
 Que congojado sufre

Ignorándolo ella,
 Y el triunfo que consigas
 Para memoria eterna
 Ofrezco consagrarle
 En mi jardín ó huerta;
 Si en esto me sirvieres...
Bien hayan las mugeres.

A LISARDA.

A tomar el aire al llano
 Lisarda esta noche sale:
 ¿Para qué mas aire quiere
 Si ella lleva todo el aire?
 Tapada va siendo hermosa
 De su deidad propio ultrage,
 Que es blason de la hermosura
 Hacer gala del desaire.
 Con los robos que iba haciendo
 Ni muy difícil ni fácil,
 Quiere que todos la sigan,
 Mas que ninguno la alcance.
 Descubrió su rostro bello
 Y yo la dije al instante:
 ¿Para qué el sol me amanece
 Si á la luna he de quedarme?
 No muera de haberte visto,
 Deja el matar para el áspid,
 Que no es gala en un rendido
 Triunfar con fatalidades.
 Respondió airoso y discreta,
 Que poco sabe el amante
 Que sabiendo que le quieren
 Manifiesta que lo sabe.



(D. Jorge Juan.)

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 36.

Bien hayas mal si vienes solo.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,
 á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.